

«La semana pasada descubrí que el único propósito de mis relaciones con otras personas es advertirles de cuán frágil y falto de voluntad he llegado a ser», escribía Paul Hobbes. «No me veo bailando sin un gaitero que marque el ritmo. ¿Te lo puedes creer? En realidad, ansío que la vida sea fácil, mágica, llena de amor. Sería simplemente maravilloso, todos desnudos por el campo, como dice Gene Pasternak. Probablemente, a ti no te gustaría, pero yo confío en aprender algo de él porque ha escrito una novela irritantemente buena. Y de todas maneras, él confía en sí mismo, y también en la vida... En este momento, yo sólo creo en la primavera vista desde la ventana de la avenida Lexington, y en ti. ¿Ha llegado también la primavera a Riverside Drive? Salgamos todos desnudos al campo...»

Furioso, Hobbes dejó de teclear, rindiéndose a la evidencia de que la carta era básicamente inútil. Sacó la hoja de la máquina, la miró un instante, la hizo a un lado y se levantó. Comenzó a pasear de un lado al otro del piso, haciendo ruido. Eran más de las cinco y Pasternak llevaba desde las nueve de la mañana durmiendo.

Todo lo que veía impacientaba a Hobbes: las estanterías que había construido para sus libros, los cuadros prestados, sin marco, colgados de las paredes, los sillones que clamaban por un cepillado; todo lo que él y su esposa Kathryn habían acumulado y dispuesto con tanto esmero durante los últimos años. Aún así era insuficiente: ni el escritorio ni sus manuscritos ni la novela por la que se mordía hacía ya tiempo las uñas. Sólo el anochecer, floreciente como una acuarela imposible tras las torres de Manhattan, escapaba a su hastío. Sintió esa aguda inquietud neoyorquina y primaveral que parece que escondiera la promesa de devolverle a la vida un cariz agradable y cálido, y sintió que la alegría le explotaba por dentro. Y como le sucedía con estos raptos inexplicables, la frustración se abrió paso ante su incapacidad para interpretar la dicha.

Se acercó al tocadiscos, sacó un álbum y puso un disco de jazz suave. No deseaba tranquilizarse, quería que todo comenzara; pero un desarrollado sentido del decoro le impidió entrar en el dormitorio

y despertar a Pasternak para poder hablar con él y volcarle un júbilo cruel. En lugar de eso, volvió a sentarse y releyó lo que había escrito.

Justo en ese momento, Pasternak salió de la habitación arrastrando los pies, desorientado, entumecido por el sueño. Miró el tocadiscos, luego a Hobbes y dijo malhumorado:

—¿Qué hora es? Acabo de tener una locura de sueño.

—Algo más de las cinco. —Metió la carta entre las revistas que estaban sobre el escritorio—. Hay café en el calentador.

Pasternak asintió medio dormido. Se apretó con los dedos el densísimo entrecejo, como si fuera el sueño agua y se pudiera escurrir.

—Así que he dormido más de ocho horas —y se dirigió al baño.

Éste era el único anclaje en aquellos días suyos a la deriva. Ocho horas de sueño, cualesquiera ocho horas de cada veinticuatro, Pasternak dormía con tristeza, con insistencia, inmune al ruido, al hambre o a la luz del día. Desde que, harto del nido materno de Long Island, llegara a Nueva York, Pasternak había adquirido la costumbre de poner rumbo al apartamento de Hobbes apenas despuntaba el alba. Dormía en el sofá hasta las nueve, cuando Kathryn salía a trabajar en una oficina de relaciones públicas del centro. Entonces Hobbes lo sacudía, lo convencía para llevarlo al dormitorio. Luego se desplomaba en un catre y recobraba la inconsciencia.

Hobbes y Pasternak formaban una pareja extraña de amigos. Pasternak era de esa clase de jóvenes cuyas corbatas lucen mal anudadas y su ropa no termina de casar con la percha maciza, incluso tosca, propia de un atleta. Por su parte, todo en Hobbes era deslavazado, enfrascado siempre en chaquetas holgadas y falto a perpetuidad de un corte de pelo, daba la impresión de un ser inacabado. Incluso su conversación se enmohecía a menudo de lugares comunes y ese toque de sinceridad al que a menudo olían los discursos cuidadosamente preparados. Al igual que la de tantos jóvenes americanos, su amistad había cuajado con rapidez y se había basado en tales diferencias. Perduraba porque cada cual percibía en el otro algo que no poseía y a la sazón codiciaba.

Pasternak emergió del baño. Su pelo negro lucía húmedo, peinado al detalle. Parecía pensativo, sonrojado tras la ablución. Con mecánica

impaciencia se preparó un café, se dejó caer en un sillón y con súbito hastío dijo:

—¿Sabes con qué acabo de soñar? Con toda la gente que conozco. Estaba en una de esas fiestas, con todos: Stofsky, Ancke, Verger, Winnie... ¡Incluso Hart Kennedy, de Denver! Gente de hace años. También estaba Agatson, comiendo cristales. Y Ketcham con aquella chica... ¿Cómo se llamaba...? La ex de Agatson... Bianca. —Tomó la taza con cuidado entre sus dedos rollizos y dio un sorbo voraz—. Y había mucha más gente, también... A decir verdad, nunca pensé que conociera a tanta gente. Demasiada. Maldita gente. ¿Sabes lo que quiero decir?

Hobbes inhaló profundamente.

—Es una queja extraña. ¡Tener demasiados amigos! Sólo un descreído podría decir algo así.

—No, pero me sentí como si fuera una Elsa Maxwell. Además, era una porquería de fiesta. Estaban todos locos. Winnie... ¿La recuerdas? Te hablé de ella. La pelirroja alta de uno ochenta, que solía venir hace tiempo al morfinódromo de Dennison en la calle Orchard... Bueno, la tía iba por toda la estancia, gritándole a uno de esos *hipster* en la onda: «¡Vamos a meternos un pico! ¡Sí, metámonos un buen chute, tío!» ¡Cómo gritaba! Y Ketcham la miraba desde lo alto y confesaba *soto voce* a todo el mundo que no podía con «¡esa mujer infame!» —arqueó el hombro e hizo una mueca cómica.

—Pero Ketcham ni siquiera conoce a Winnie, ¿o sí?

—No, ¡pero es un sueño! Lo que quiero decir es que todo cobraba forma así, entremezclado, todos mis conocidos, juntos, revueltos. Agatson estaba fuera de sí, quería ir a parar taxis junto al tren elevado, y cuando lo miraba, me sacaba la lengua. Y Stofsky no paraba sostener que era un marica enamorado del mal y todo eso, ya sabes. —Pasó un momento de abatimiento—. Sabes, ya no hay g-r-a-n-d-e-s fiestas como las de antes...

—Bueno, ¿qué te parece la de esta noche en casa de Stofsky? Quizás todo empiece esta noche, Gene... Además, lo tuyo sólo ha sido un sueño. ¡No creerás que fue real!

—Pero es que no lo ves, era mi fiesta... en el sueño. Para celebrar la venta de mi libro o algo así. Y luego cada cual a su rollo. Te lo digo en serio, Paul, no bromeo. Conozco a demasiada gente, quiero decir: a demasiadas clases de gente. Y, además, Stofsky no dejará pasar la ocasión para brindarnos alguna de sus extravagancias mistificadoras. Ya sabes como es. La primera vez que lo vi, hace cinco años, se escabullía como una rata por los vestíbulos de Columbia, apenas dieciocho años, con un enorme tomo de Spengler bajo el brazo. Nos pusimos a hablar y al preguntarle por su madre, ¿sabes lo que me dijo?: «¡Está en la ciudad de los locos, junto a los murciélagos!» Tal cual. Y más tarde descubrí que era verdad. Es cierto que está loca en un manicomio. Ése es el tipo de cosas a las que nos tiene acostumbrados... Ah, a propósito, dijo que se dejaría caer por aquí esta tarde, al salir de la terapia.

Siguieron hablando. Mientras, allá, tras la ventana, el ocre y cálido atardecer se filtraba por entre los edificios. No había tema de conversación capaz de amainar la creciente excitación de Hobbes ante la noche que llamaba ya a la puerta, o la impaciencia de Pasternak al preguntarse qué les depararía.

Hobbes, de sólito reservado y aun desconfiado, parecía depositar más fe y optimismo, al tiempo que Pasternak perdía el interés y azuzaba a cada tanto: «¡Salgamos a tomar una cerveza! O déjame poner unos discos de Charlie Parker», y luego: «Sabes, todo lo que yo quiero es follar. Es de lo único de lo que me quejo.»

En ese momento, se escucharon unos leves toques en la puerta y David Stofsky apareció de pronto como una ráfaga de viento surgida de la nada. Se ubicó con total comodidad en el centro de la habitación y anunció:

—Acabo de ver a Agatson en el bar White Rose ¿y sabéis lo que hizo? ¡Fue fantástico! Estaba ya muy bebido y justo cuando yo le estaba hablando, se volvió, se arrastró hasta un marine cachas y le dijo: «¡Dame un beso grande y húmedo!», el mismo descarro que Winnie despliega con sus maromos. ¡Ésas fueron sus palabras textuales, todos lo oyeron! Y le pedí prestados cuatro pavos, Gene. Para la fiesta. Vienen todos... Ah, ¿y sabéis qué pasó también? ¡He hecho grandes progresos esta tarde en mi sesión de psicoanálisis! Ya casi al final, sufrí

una irrefrenable atracción sexual hacia él y se lo dije: «Doctor Krafft, ¿acaso no se lo esperaba?». Fue muy extraño, se enfureció y se negó en redondo a abordar el tema.

Su discurso inconexo no sorprendió a nadie. Era un hábito de Stofsky, presentarse de pronto cargado de noticias, como esos jóvenes correveidiles que peinan la ciudad, de apartamento en apartamento, de amigo en amigo; se quedan un momento para cotillear y congraciarse, y salen corriendo de nuevo. Aunque no tenía trabajo, sus días se poblaban de compromisos ambiguos que lo mantenían en permanente movimiento por toda la ciudad. Para muchos era el portador oficioso de toda clase de tendencias. Sus fuentes eran múltiples y su candor tan infeccioso que hacía que hasta sus amigos más desconfiados dejaran de poner en duda sus motivos. Por ejemplo, cuando entraba en una habitación llena de gente, pasaba de uno a otro, estrechando manos con fingida gravedad, para dirigirse directamente a algún desconocido y decir con los ojos brillantes por la excitación detrás de la gruesa montura de sus gafas de hueso: «Usted es fulano, ¿no es verdad? Bueno, yo soy David Stofsky. ¡Lo sé todo acerca de usted!» Lo decía sonriendo con tal entusiasmo y falta de doblez que no molestaba a casi nadie.

—Pero imaginaos a Agatson —continuó, paseándose ahora de arriba abajo—. Él no es marica. Naturalmente, sólo fue una burla. ¡Pero os digo que todo el bar se estremeció de estupor!

—¿Cómo pudiste sacarlo con vida de allí? —exclamó Hobbes.

—¡No pasó nada! ¿No es increíble? El marine enmudeció, como si viera a un monstruo. Miró a Bill, chapurreó algo para salvar el tipo, alguna machada, ya sabes, ¡y se marchó! Te juro que fue así. ¡Y eso que allí no había menos de quince personas! —Con los ojos relucientes, soltó una risita ahogada, inoportuna.

Pasternak se negó a mostrar regocijo por la historia.

—Acabarán por matarlo el día menos pensado, ¡loco hijo de puta...! Pero dime, ¿sabes algo de Winnie?

—No. Estuve buscándola por Times Square hace un par de noches, la busqué por todas partes y nada. Si pudiéramos encontrar a Albert, puede que él lo sepa, pero creo que sigue en la cárcel.

Albert Ancke y Winnie eran como fantasmas para Hobbes, figuras oscuras que siempre asociaba con la fulgurante confusión de la noche de Times Square, sus ensordecedores bares, cafeterías y cines abiertos toda la noche. No los conocía, pero Pasternak y Stofsky hablaban incesantemente de ellos, como de otros pequeños rateros, traficantes de drogas de poca monta y personajes que ellos conocían. Las historias fascinaban a Hobbes, pero conocía a sus amigos desde hacía tres meses y desde entonces sólo había escuchado vagos rumores sobre Ancke y Winnie; rumores filtrados por amistades casuales con las que Stofsky se tropezaba durante sus correrías por la ciudad, que decían que Ancke cumplía una condena por temas de drogas y que Winnie estaba «quitándose de la morfina» en algún lugar de Astoría. Pero eso era todo lo que se sabía.

Pasternak, hosco, dijo abotonándose la camisa:

—¡De todas formas, vamos! Salgamos a tomar una cerveza o algo.
—Pero vio que Stofsky se dirigía al escritorio de Hobbes y que estaba hojeando por encima sus papeles. Añadió, mirando a Hobbes con preocupación:

—Eh, no debes hacer eso, David. Pregunta antes al chico.

En ese momento, parecía que a Hobbes no le molestaba demasiado la intromisión de Stofsky o el hecho de que pudiera ojear algún párrafo del último capítulo. En cambio sí le preocupaba que encontrara la carta entre las revistas, pues sabía que Stofsky la leería en voz alta y haría preguntas, con la firme convicción de que no había secretos en este mundo.

Para distraerle, Hobbes lo interrogó con cierto nerviosismo:

—¿Qué hay de tu poesía, David? ¿Has estado escribiendo desde la última vez que te vi?

Stofsky se apartó del escritorio y se dejó engullir por el sofá con un suspiro de cansancio.

—Oh, no, no he hecho nada. He estado correteando por ahí, y además sabes que me sienta mal. Quizás sea el síntoma de alguna enfermedad. El doctor Krafft me dijo que debía restringir todo lo que pudiera suponer una válvula de escape. —Gimió otra vez a su modo entrecorado—. Hoy, sin ir más lejos, estaba de lo más misterioso. Sigo conven-

cido de que lo que le conté es un auténtico logro, la primera muestra real de mis progresos, pero él en cambio opina que me lo tomo todo demasiado a la ligera y que no me esfuerzo lo bastante. Tiene gracia. ¡Parece que no soy siquiera apto para el psicoanálisis!

—Entonces, no fue, ¿cómo decirlo? ¿Auténtico?

—Oh, de todas formas es una estupidez enorme —gruñó Pasternak—. Vamos, ¡salgamos!

Hobbes luchó desde fuera con la cerradura, mientras Stofsky, con una seriedad impropia de alguien tan a menudo dado a la exageración y al ridículo, dijo:

—Pero, sabéis, ¿qué podría yo añadir cuando me aseguró eso? Ansío esta terapia. Es mi última oportunidad. Y sin embargo, cuando dijo que yo no lo estaba intentando, sentí ganas de reír sin control. —Los miró avergonzado—. ¿Recordáis cómo solía hacerlo?

Doblaron la esquina hacia la Tercera Avenida. Bajo el rugido estremecedor del tren elevado y los escombros cubiertos de hollín de los alrededores había un estrecho y destartalado bar, llamado Mannon, que solían frecuentar cuando estaban por la zona de Hobbes. Era un antro mugriento, mal iluminado, sin apenas un neón en la ventana. La atmósfera resultaba repugnante por el olor a meados de cerveza rancia; y siempre había congregados unos cuantos borrachos de la Tercera Avenida, permanentemente abatidos, desplomados en los bancos del fondo.

Pidieron cerveza y se sentaron casi sin mediar palabra. Los otros dos estaban preocupados por la melancolía de Pasternak. Como para cualquier joven, los asuntos del alma les eran consustanciales a la realidad y cada cual, a su manera, se había vuelto sorprendentemente sensible al más mínimo cambio emocional o de humor en los otros. Pasternak solía mostrarse como un niño ansioso, dispuesto a vivir el momento, a captarlo en su totalidad. Para él la ira y el enfado merecían una réplica grosera, inmediata, implacable.

Y sí, Pasternak se sentaba ahora en el bar, repasándolo todo con una pizca de asco en su mirada.

Stofsky se dejó arrastrar por la misma corriente. Los ambientes sórdidos y las acciones inexplicables siempre le creaban una rara ex-

citación y su humor tendía a mutar con rapidez. El rapto de seriedad se había desvanecido y las cervezas, las polvorientas paredes, las caras lúgubres de los borrachos y el extraño humor de Pasternak concedió un nuevo fulgor a sus ojos.

—¿Qué te pasa, Pasternak? —le preguntó sin titubeos—. Parece que te hayas tragado al monstruo, ¡como aquel marine!

Hobbes sonrió incómodo.

—Se acaba de levantar, eso es todo.

—Pero míralo ahora —continuó Stofsky alegre—. ¡Parece que yo soy su monstruo! Con esto quiero decir que yo encarno en este preciso instante todo lo que él detesta.

—Oh, tú siempre hablando de monstruos —exclamó Pasternak con aire taciturno—. No, es que no he sabido de MacMurry... ¿Es que no puede uno quedarse callado un rato? Es probable que hayan perdido mi libro en los sótanos o quién sabe. Estoy harto de esos malditos editores de sombrero de copa, eso es todo. ¿Acaso escribí el libro para ellos?

—No, pero lo escribiste, Gene, lo acabaste —dijo Hobbes con gravedad, recordando sus propios esfuerzos intermitentes y desapasionados por terminar su novela—. No pienses en ellos. ¡Que les jodan!

—Puede que tú seas su monstruo —intervino Stofsky con una risita.

—Bueno, he decidido que lo escribí porque deseaba fama y dinero y... y amor; no por mero arte estéril —continuó Pasternak desconsolado—. Sólo quería cautivar al mundo con él, seducirlo. Es por eso por lo que cualquiera escribe un libro, ¡por el amor de Dios! ¿Por qué te engañas, Paul? Me siento como un cretino porque el mundo no está interesado en mi torpe enamorada.

—Sólo estás deprimido. Olvídalo. Sólo hace unas cuantas semanas que lo tienen. Y, sabes, tengo la impresión de que una nueva era está a punto de empezar. En serio, tengo esa sensación.

Hobbes usó una de las expresiones favoritas de Pasternak, calculando sus efectos, porque intuía nueva gente extraña, fiestas desenfundadas que duraban toda la noche, ideas frescas.

—Bueno, quiero casarme —soltó acalorado Pasternak—. Sentar la cabeza, puede que en una granja, con hijos y todo. Estoy cansado de merodear por las calles detrás de las mujeres y de morderme los puños. Tú estás bien, tienes a Kathryn, tu sitio y su sueldo, pero diablos...

Hobbes no pudo evitar pensar con pena: «¿Por qué todo eso no es suficiente?», pero no quiso estropearse su buen humor con reflexiones sobre su matrimonio y se limitó a añadir:

—Bueno, no te preocupes por el libro. Es bueno y las obras buenas al final salen adelante. —Y entonces, en contra de su voluntad, se sumergió en profundos pensamientos.

Stofsky se puso a hablar otra vez con ese enfebrecido destello en los ojos, señal de que estaba a punto de hacer un comentario oscuro sobre uno de ellos:

—Sabéis, Agatson me hizo pensar. Naturalmente, cada cual tiene su monstruo, la personificación de todo aquello que teme. ¡Una especie de Drácula a la luz del día! Y de qué sirve la terapia si no es para ayudar a llegar al paciente al momento justo de la verdad y hacerle por fin abrazar a su propio monstruo... Sí, besar su rostro peludo sin estremecerse.

Era típico de Stofsky: sacarse una idea de la manga inquietante, perceptible. Se sentaba entonces en su silla, se columpiaba con infinita satisfacción y se daba a sí mismo rienda suelta. En esta ocasión comenzó un repaso por todos sus amigos a la luz de «sus monstruos secretos», a pesar de la desaprobación tácita de Hobbes y Pasternak.

—Ahora mismo, el monstruo de Agatson sería algún matón mascando chicle, con horribles camisas a cuadros y un ojo furtivo que además tendría menos fe que el propio Bill; y le echaría en cara toda su insensatez, sus maniobras absurdas, y le diría que sus obscenidades premeditadas (eso es lo que son, sabéis: ¡cálculos deliberados!) no encarnan la tragedia del deseo muerto, o la decadencia de la civilización occidental... Pero sólo... Bueno, ¡«sólo» cosa de chicos, hombre! —E imitaba el desdeñoso acento aceitoso de un pistolero de película. «Eh, ve allí y llénale la barriga de plomo a esa zorra.» ¡Es realmente divertido! —Los hombros se le agitaron por los hipidos ahogados—.

¿Podéis imaginar el horror de Agatson? Y con Verger, pobre desamparado tuberculoso, veo a uno de esos hombrecillos deformes, sin piernas, piojosos, que vagan por ahí con su carrito y gruñen por un penique, y yo lo arrastraría alguna noche a una de las g-r-a-n-d-e-s fiestas serias de Verger, diciendo: «¡Mirad, por una cerveza me he traído al monstruo!» ¡Pensad en cómo podría esto ayudar a la gente! Sería mejor que los tratamientos de choque; un careo con sus propios Gólgotas cuando menos se lo esperan.

Pasternak se reía involuntariamente, animado en ese momento por el espectáculo al que Stofsky lo sometía, ignorante de que varias personas en el bar habían dirigido hacia ellos la distante e impávida mirada de los borrachos vespertinos. Pero Stofsky, transportado por su idea, se dirigió a Pasternak:

—Por ejemplo, tu madre piensa que soy un zarrapastroso. Oh, hace mucho tiempo que lo sé. Se pone nerviosa cuando estoy en tu casa, como si creyera que voy a ensuciarlo todo. ¡Bueno, si por ella fuera, me vestiría con harapos y tendría úlceras purulentas y granos en la cara, y luego llamaría a su puerta y ladraría para que me abriera!

Aunque no replicó nada, esto no le pareció gracioso a Pasternak. Con el tema de su madre era muy sensible. La mujer aún trabajaba en la fábrica de calzado en la que había entrado para que él pudiera escribir su novela.

—Y también sería el monstruo contigo, Paul —continuó con un guiño cómico—. ¿Sabes lo que yo haría? ¡Simplemente, entraría a tu casa una tranquila tarde y desnudo del todo! Y actuaría con perfecta naturalidad, de hecho con pomposidad, lo cual escandalizaría aún más tu sentido del decoro —y se rió por lo bajo, como si pensara que era siniestro y delicioso. Hobbes no pudo esgrimir una respuesta y disimuló su consternación con una sonrisa rencorosa.

Ahora Stofsky se reía sin parar con sus ideas, meciéndose en la silla y con las manos entre las piernas. Los otros dos de pronto se percataron que lo que empezó como un simple juego para entretenerlos había terminado por obsesionarle.

—Dondequiera que vas, llevas al monstruo contigo. ¡El sigiloso y balbuceante monstruo que hay dentro de cada uno! ¡Pensad en ello! ¡Es la única santa apariencia de verdad que funciona en este mundo!

Pero Pasternak, quizás irritado por los comentarios sobre su madre, se había cansado del juego con tanta rapidez como se había interesado al principio. Volvió a su melancolía, no sin decir antes con fastidio:

—¿Qué diablos diría tu analista chiflado de todo esto, eh?

El gesto de Pasternak forzó un giro radical en la pose de Stofsky, que se ruborizó.

—No sé. Creo que no se lo mencionaría. Al fin y al cabo él es un monstruo profesional. —Pero sus párpados bajos delataban su incomodidad al saberse artífice de una broma de mal gusto.

Hobbes miraba el reloj, quería estar en casa antes de que Kathryn regresara del trabajo; además, tras tantos cigarrillos y tantos café, la cerveza comenzaba a producirle una extraña sensación de lentitud.

Terminó la bebida y se levantó.

—Mira, Paul —dijo Pasternak—. Mejor me voy al centro con David a echarle una mano. De todas maneras, tú tienes que comer. Nos vemos en un par de horas, ¿de acuerdo?

Así que Hobbes los dejó y deambuló de regreso por la calle bochornosa y oscura. Consideraba a ráfagas la posibilidad de estar borracho y amnésico en cuatro horas, experimentando esa ilusoria sensación de despreocupación y buena voluntad que el licor le proporcionaba. El pensamiento fue agradable y fugaz.

Se entretuvo en el apartamento, colocando los cojines, lavando las tazas de café, hasta que terminó por sentarse en su escritorio y releer la carta con insatisfacción. La colocó de nuevo en la máquina y escribió despacio:

«Perdona esta retahíla de estupideces. La temeridad de una vida cada vez más ajetreada. Y amándote en vano durante tanto tiempo desde el centro. Releyéndola, descubro que ni siquiera he mencionado esas palabras odiosas. Bien, te quiero, Liza. Olvida los circunloquios.

Tuyo,

H.»